

APLICACIÓN DE LOS ESTUDIOS DE LENGUA A UNA EDUCACIÓN PARA LA IGUALDAD Y LA INTEGRACIÓN.

PARTE TEÓRICA

RESUMEN

Módulo IV. EDUCACIÓN EN VALORES. El bloque de educación en valores, en fin, comprende la materia "Educación para la igualdad", que se sustancia en dos asignaturas optativas que se ofrecen en el tercer curso, "Identidad y multiculturalidad: tendencias del pensamiento hispánico" y "**Aplicación de los estudios de lengua a la educación para la integración y la igualdad**"; estas asignaturas sólo podrán cursarse en la primera mención. Se trata, en ambas, de conjugar la deseable **adopción de valores relativos al respeto a la igualdad en los planos de las relaciones de género, las diferencias entre culturas y la atención a las personas discapacitadas** tanto en la vida personal del estudiante como en su proyección social y laboral, sin perder de vista algunas de las salidas profesionales que se prevén para los egresados de este Grado: la enseñanza, la mediación intercultural, etc.

Ofrecemos aquí a nuestros alumnos de *Aplicación de los estudios de lengua a una educación para la igualdad y la integración* (1016/17) unas notas que pretenden resumir, ordenar y en algunos casos aclarar o desarrollar las explicaciones que se han dado oralmente en clase a lo largo de las tres primeras semanas. Recordemos que en estas primeras clases se tocan los problemas teóricos mientras que los de carácter prácticos se dejan preferentemente para la segunda parte.

CRÍTICA DE LA ASIGNATURA. Comenzamos nuestras clases de esta asignatura con una explicación crítica de la naturaleza y sentido de la propia asignatura. Para quienes pudieran sorprenderse de que se dé comienzo a una materia sometiéndola a crítica, recordamos cómo la crítica y autocrítica deben ser el punto de partida de toda ciencia y de toda asignatura, y cómo la modernidad y la Ilustración se inician (*Crítica de la razón pura*, de Kant, etc.) con una fuerte reivindicación de la crítica.

PUNTOS CRÍTICOS. Nuestra crítica a la propia asignatura y al espíritu que late en ella se basaba en los siguientes puntos.

1. Para anticiparnos a cualquier susceptibilidad superficial, lo primero es aclarar que no albergamos ninguna duda acerca de la existencia y gravedad de los problemas sociales de la desigualdad en general ni en particular los relativos a las desigualdades de género y las basadas en las características físicas y psíquicas, raciales o culturales de las personas. Del mismo modo tampoco tenemos ninguna duda de la necesidad de emprender acciones de todo tipo: desde el plano de la

difusión, educación, concienciación, hasta el de las acciones efectivas en el terreno político y cualquier otro de la esfera social. Nuestra crítica por el contrario se dirige al formalismo y la superficialidad, a lo *political correctness* como medio de lograr prestigio a bajo coste, en última instancia a la hipocresía fundamentalmente institucional con que más que emprender una lucha decidida contra tales problemas y disvalores se trata de trivializarlos, simplificarlos y en última instancia encubrirlos, enturbiando una mirada sería, profunda y de crítica radical. Si la universidad quiere mantenerse fiel a su naturaleza de enseñanza superior no puede descender a todos esos planteamientos superficiales y encubridores.

2. En el sistema universitario anterior al actual (sistema de Bolonia), que a veces se llama universidad humboldtiana, las asignaturas coincidían la mayor parte de las veces con ciencias y disciplinas más o menos bien constituidas y con un cierto pasado a sus espaldas. El sistema de Bolonia, en cambio, es proclive a impulsar en los planes de estudio materias híbridas (interdisciplinares), que si bien se justifican en muchos casos, resultan en otros improvisadas mezcolanzas teórico-prácticas enfocadas más al bien parecer del plan de estudios y del currículum que a un estudio serio y verdaderamente científico. Se desarrollan en el sistema de Bolonia corrientes antiteóricas que más que combatir, como es obligación de la universidad, la cultura vulgar e ideológica de los *mass media* parecen pretender estar en consonancia con ella. El "aplicacionismo" apresurado, forzado y por tanto aparente es una de las manifestaciones de estas corrientes pseudoprácticas.
3. La educación en la igualdad y la integración tiene un alcance de tal magnitud e importancia (histórica, ética, teórica, práctica) que resulta rechazable todo intento de reducirlo a un formalismo de etiqueta en la superficialidad de lo *political correctness*. Esta educación tiene que profundizar en el significado y el origen de las desigualdades de manera crítica e inevitablemente política, y no puede quedarse en una mera recomendación de eufemismos o de evitación de disfemismos (léxicos, gramaticales, sintácticos, fraseológicos) de fácil memorización, en una mecánica escolar que toca de forma emotiva la mera superficie para dejar prácticamente intacto el fondo de las cuestiones más serias y trascendentes.
4. En el espíritu de la asignatura se aprecian tendencias que podemos calificar de idealistas, pedagogistas y aplicacionistas. Pero todo esto se desarrollará en los apartados siguientes.

SUPERAR LAS LIMITACIONES DE LA ASIGNATURA. MÉTODO. Intentábamos a partir de esta crítica superar las limitaciones señaladas con el propósito de hacer nuestra asignatura lo más provechosa que nos sea posible. El método consistirá en descubrir y abordar los motivos centrales en torno a que giran

los problemas con que se enfrenta la materia y que son en parte los mismos que organizan la práctica y los debates de la lucha por la igualdad y la integración, pero que en la acción práctica aparecen oscuros y confusos. Los elementos adyacentes se podrán tratar más fácilmente, pues el núcleo de los problemas es la condición necesaria para el tratamiento de todo lo demás. A continuación indicamos y abordamos esos motivos centrales.

IGUALDAD E INTEGRACIÓN. En primer lugar, claro está, los motivos de la igualdad y la integración, que se enuncian en el título mismo de la asignatura y que quedan determinados y restringidos a los «valores relativos al respeto a la igualdad en los planos de las relaciones de género, las diferencias entre culturas y la atención a las personas discapacitadas» (según describe la información sobre el MÓDULO IV. EDUCACIÓN EN VALORES, del GLELE). Comentarios:

1. **La educación en valores y sus problemas.** La separación entre una educación en contenidos y otra en valores (educación ética o moral) presenta (sobre todo en las humanidades) problemas agudos y la concepción pedagógica que la sustenta no es aceptada sin fundamento por parte de otras concepciones pedagógicas. El centro del debate en torno a la educación en valores: se apartan múltiples conocimientos como ajenos al valor y a los valores se les deja sin contenido o con un contenido menguado. Es una concepción positivista (como casi todo en el terreno de la educación presente), rígida, que no repara en que «no es posible enseñar una cosa sin enseñar a la vez su valor» (Benedetto Croce). ¿Es que el lenguaje, la historia, la literatura, el arte, no son valores? Los contenidos (de la química, de la historia, de la lingüística, por ejemplo) quedan desvalorizados, deshumanizados, y los valores quedan con contenidos muy exigüos (las relaciones personales de la vida cotidiana, inmediata, etc.), tienden a rebajarse a veces al plano de los buenos sentimientos y de las apariencias. La manipulación ideológica se infiltra aquí fácilmente.
2. **Restricción y falta de fundamentación en los problemas de la desigualdad.** La restricción al género, a otras culturas y a las personas discapacitadas está desde luego justificada y motivada por problemas acuciantes de la actualidad. Pero ello requiere una referencia crítica a la esencia misma de la desigualdad entre los hombres que tocara al menos los siguientes puntos: a) la desigualdad es natural y necesaria e inevitable, o es por el contrario contingente y social, y por tanto superable; b) hasta qué punto puede o no superarse; c) qué desigualdades son indeseables y cuáles por el contrario deseables; d) la desigualdad de género, y las que tienen

que ver con la inmigración y las personas discapacitadas están en relación con otras desigualdades o con otros hechos de los que dependen y son consecuencia, o se trata de algo en sí independiente de otros hechos sociales; e) se puede y debe hacer una historia de las desigualdades como condición necesaria para su comprensión, o se puede prescindir de ello, etc. Y sobretodo sin una mención de la desigualdad material, económico-social, es decir, sin ir críticamente al fondo (material) de los problemas, o más bien rehuéndolo, no parece que pueda darse fundamento profundo a aquella problemática de la desigualdad (ni a la relativa a la integración) ni sobrepasar el plano de la ética individualista, emocional y superficial.

3. **Lingüístico y nominalismo.** Pretender que los estudios de lengua (como reza con absoluta vaguedad el título de la asignatura) puedan desde sí mismos, y confinados a sí mismos, contribuir a una educación de tal tipo, parece que es una pretensión idealista o, más bien, nominalista. Ello está en la línea (popularizada, vulgarizada) del «lingüístico» idealista o positivista tan difundido desde la segunda mitad del siglo XX (filosofía de Wittgenstein, neopositivismo de la escuela analítica del lenguaje, filosofía mística del lenguaje de Martin Heidegger, en suma del llamado *linguistic turn*, el giro lingüístico de la modernidad). Es el fetichismo del lenguaje, la idea de que el lenguaje lo puede todo y que es la realidad suprema por encima de cualquier otra y de la que toda otra depende.
4. **Estudios de lengua y desigualdad. Lenguaje no sexista. Pedagogismo. Aplicacionismo apresurado antiteórico.** O ampliamos los contenidos de la expresión «estudios de lengua» hasta abarcar todo el mundo social con el que las lenguas están conectadas (pero entonces la expresión «estudios de lengua» no tiene mucho sentido, o es francamente inútil), tal y como nosotros pretendemos más allá de aquella expresión, o la aplicación de tales estudios queda reducida a una lista de recomendaciones acerca de las palabras y frases que deben evitarse y de las que deben sustituirlas, tal y como puede observarse en las llamadas «guías de lenguaje no sexista». Dichas guías, que han proliferado en los últimos años son a nuestro juicio razonables y necesarias, razón por la que las apoyamos en contra de los reproches de la RAE, pero su alcance es irrisoriamente escaso con relación a problemas de tal magnitud, tan escaso que se da la impresión de que se oculta la gravedad, la profundidad y extensión de los problemas contentándose con soluciones superficiales: es como querer cazar elefantes con alfileres. Insistimos, a pesar de la limitación de tales propuestas, juzgamos que son necesarias las guías de lenguaje no sexista: que algo sea necesario no quita que resulte irrisoriamente insuficiente. En resumen, late pues aquí una concepción pedagógica que confía a la escuela la solución de todos

los problemas, y hay también una tendencia que podríamos llamar «aplicacionista», exaltadora de la práctica y desconfiada de la teoría, que corre apresurada a aplicar cualquier ciencia pues no es capaz de comprender el sentido del conocimiento independiente de su aplicación práctica inmediata, y que no mide la proporcionalidad entre el instrumento que se aplica y el resultado que se espera. Se cae entonces muchas veces en extravagancias: puestos a aplicar "al buen tuntún" podríamos hablar caricaturescamente de «aplicación de las ciencias químicas al tratamiento de las desavenencias conyugales», y otras puerilidades semejantes.

5. **En resumen:** No se deben forzar soluciones abstractas e irreales, se debe por el contrario educar en la igualdad, sin pedagogismos, ni aplicacionismos, sin restricciones, sin hipocresía, educar haciendo comprender la esencia y magnitud de las desigualdades, sus causas y la forma de acabar con ellas, que no se limita de manera nominalista a una cuestión de lenguaje, sino que implica una lucha social y política de grandes dimensiones y consecuencias. Rehuir eso es ocultar a los alumnos los auténticos problemas, las graves luchas sociales por la igualdad sustituyéndolas por fáciles soluciones pedagogistas, nominalistas, idealistas, de mera ética privada y emotiva, en suma soluciones de salón (de nuevo la *political correctness*).

DESDE LA LINGÜÍSTICA: LO QUE NOS COMPETE. LENGUAJE Y DESIGUALDAD. LA REFORMA DE LA LENGUA. INTERVENCIONISMO LINGÜÍSTICO. La cuestión de la reforma y de la posibilidad de la reforma de la lengua es el nudo gordiano en torno al cual gira toda la problemática del sexismo lingüístico, del lenguaje sexista. No podemos entrar en el inmenso bosque de las teorías de género que han proliferado en los últimos tiempos. Desde una posición totalmente contraria al negacionismo de las desigualdades de género, y dentro de la modestia a que nos obligan nuestras limitaciones en el conocimiento de tales teorías, pensamos que reina una gran variedad, confusión y abigarramiento, por lo que es necesario un esfuerzo de clarificación

De que hay hablantes que en su hablar ostentan un comportamiento sexista de carácter machista no tenemos ninguna duda. Este comportamiento es atribuible al menos inconscientemente a casi la práctica totalidad de los hablantes incluidas la mujeres, si bien se han hecho ciertos progresos y se ha elevado el nivel de conciencia en sentido positivo en las últimas décadas. Como tampoco tenemos dudas en torno a los puntos léxicos y gramaticales en que ese sexismo lingüístico se manifiesta: las guías de lenguaje no sexista a que nos hemos referido, algunas de las cuales hemos colgado en nuestra web [praxis-lenguaje.es](http://www.praxis-y-lenguaje.es/lelh-optativa-aplicación-de-los-estudios-de-lengua/) (<http://www.praxis-y-lenguaje.es/lelh-optativa-aplicación-de-los-estudios-de-lengua/>), dan información suficiente acerca de estos puntos. Pero corregir en los

individuos, y especialmente en los centros educativos, los usos, las palabras y expresiones sexistas es corregir la propia lengua, pues es el uso el que acaba antes o después haciendo la lengua. Ya que admitimos, como admite también la RAE, la existencia de tales usos, ¿habríamos de admitir también, más allá de los individuos hablantes, el carácter sexista de la propia lengua? Dentro de ciertas ambigüedades la RAE, sobre todo a través de su portavoz en esta materia, el profesor Ignacio Bosque, se inclina por la tesis de que las lenguas son organismos neutros, inocentes, diríamos que algo así como de carácter técnico por lo que no se mezclarían en los asuntos y las pasiones humanas de los hablantes. Ninguna responsabilidad cabría a esa institución social que llamamos lengua con su vocabulario, sus estructuras léxicas, semánticas, gramaticales, en el terreno del sexismo, solo el individuo es responsable. Se diría que confinada en su esencia técnico-comunicativa la lengua no alberga propiamente valores o valoraciones. Bien es cierto que en otras ocasiones menos comprometidas, la RAE, como directa sucesora del nacionalismo lingüístico de la escuela española de filología (desde Menéndez Pelayo a Menéndez Pidal, etc.) gusta de hacer de la lengua la depositaria de los valores del espíritu del pueblo, del espíritu nacional, en una posición espiritualista en el polo opuesto a la concepción mecanicista, de instrumento neutro, que sustenta cuando se toca esta espinosa cuestión. Es decir, que en ocasiones milita en el idealismo lingüístico de la lengua plena de sentidos positivos, y en ocasiones en el formalismo tecnicista del estructuralismo. Para todas estas cuestiones relativas a la posibilidad de albergar valores el instrumento mismo del hablar, la lengua, remitimos a nuestro artículo <http://www.praxis-y-lenguaje.es/app/download/17906078/LENGUA+Y+SEXISMO+.pdf>. La lengua es el instrumento histórico del hablar (Coseriu): conglomerado más o menos estructurado de materiales lingüísticos recibidos por herencia cultural, tradicional, y procedentes del pasado, a veces en algunos de sus componentes de un pasado remotísimo, milenario. Como hecho tradicional y considerada como una totalidad es de creación espontánea y popular. El individuo consciente no tiene por tanto acceso directo a la modificación de este instrumento cuando se considera una totalidad en sus líneas fundamentales, y solo tiene posibilidad de intervenir en el destino de su propia lengua con la contribución de su «granito de arena». El destino y la estructura de la totalidad y de los rasgos generales de la totalidad escaparía así a su control. Apenas contamos con ejemplos en que una decisión de carácter político por ejemplo hubiera modificado el contenido o algún rasgo de las líneas generales de una lengua, aunque los cambios lingüísticos puedan ser en ocasiones consecuencias indirectas y muy mediadas de decisiones políticas. No obstante la historia no está cerrada y no puede negarse la posibilidad por muy inédita que resulte de que un movimiento masivo y consciente de los hablantes sea capaz de modificar algún rasgo fundamental de la lengua.

Pero la posibilidad de intervenir en la propia lengua, la posibilidad misma de juzgarla como impregnada de valores, no puede comprenderse sin conocer el desarrollo histórico del pensamiento lingüístico, pues es en él donde se han planteado respuestas científicas a estas cuestiones. Esa es la razón de que esbozáramos las líneas fundamentales de ese desarrollo histórico en lo relativo al problema que nos ocupa.

NUESTRA CUESTIÓN A LA LUZ DEL PENSAMIENTO LINGÜÍSTICO EN SU DESARROLLO HISTÓRICO. Igual que en la historia de la filosofía se habla de dos grandes épocas entre las cuales se produce una gran ruptura, un cambio de rumbo, un gran giro, también podemos hablar en el pensamiento lingüístico de esas dos épocas, que con algo de retraso para la cuestión del lenguaje, vienen a ser más o menos coetáneas y, naturalmente, no pueden ser independientes la una de la otra. Realismo ingenuo y modernidad han sido llamadas. En la larga época del realismo ingenuo hay una confianza en la realidad, la cual nos sería dada tal cual es en diversos grados de conocimiento. El individuo humano en su entendimiento —tabula rasa— no tiene otro papel que reflejar especularmente en su mente esa realidad que le es dada. El mismo lenguaje, mero instrumento de comunicación interindividual refleja especularmente la realidad misma tal y como existe fuera de él. Ninguna desconfianza general hacia nuestro intelecto y nuestros sentidos, ni tampoco hacia el lenguaje. Sólo en cuanto a sus lógicos alcances que dependen del desarrollo de la civilización. A la mente y con ella al lenguaje, les llegará más o menos cantidad de lo que existe, pero mente y lenguaje no ponen ni deforman nada. El giro hacia el sujeto lo inicia Descartes, «el gran desconfiado de la historia de la filosofía» (Ortega y Gasset), con quien se inicia la modernidad en filosofía. Perdida la inocencia el pensamiento moderno se vuelve hacia el propio sujeto preguntándose por sus posibilidades cognitivas y lingüísticas. Esta es la razón universal inserta en todos los individuos. Es la época de racionalismo. Kant avanza por este camino y da una respuesta activista y formalista: el entendimiento no es pasivo sino que sale al mundo y lo modela con sus formas categoriales. Estas poseen carácter universal, son invariables y generales para todos los hombres. Universalismo y formalismo son los rasgos de la filosofía kantiana. Pero hay otro hilo de pensamiento que se había opuesto al racionalismo de una razón mecánica y universal, dada al hombre como hecha de una vez por todas. Lo encontramos en Giambattista Vico, tres generaciones posterior a Descartes a caballo entre los siglos XVII y XVIII, uno de los primeros balbuceos de lo que luego se llamará la razón histórica. Es lo que luego, desarrollado tras Kant, se conocerá como historicismo, el máximo de cuyos representantes será Hegel, luego seguido e invertido por Marx. Ahora la razón no va a ser ese instrumento invariable dado por la naturaleza o por Dios al hombre. La razón se desarrolla en la

historia al compás de los avatares de esta y no es un producto natural. Es más, no solo se desarrolla en la historia sino que es constituida en ella y por ella, depende de ella. Es una creación y desarrollo del propio hombre, de la propia actividad humana en la historia. Las formas que modelan y convierten en concepto y pensamiento la experiencia en bruto no constituyen una dotación natural del individuo, son también creaciones históricas. Ya en el siglo XX, Ernst Cassirer en su *Filosofía de las formas simbólicas* lleva al extremo esta concepción: las formas universales inamovibles de Kant se transforman en formas históricas, que son precisamente las palabras, las cambiantes y distintas palabras de las diversas lenguas. Pero por lo que toca al pensamiento sobre el lenguaje quienes habían producido un giro desde el racionalismo y universalismo hasta la historicación y lingüistificación de la conciencia habían sido Humboldt y su generación. Resultaba ahora que no solo la razón era histórica sino también el lenguaje, y aún más, puesto que la historicación de la conciencia era un resultado de la historicación del lenguaje, este era el "pensamiento en acto" (Marx), la "actualidad de la cultura" (Hegel), es decir, el mismo pensamiento que muestra y ostenta su carácter visible, material, histórico, diverso, cambiante. La historicidad y diversidad del lenguaje (y con él del pensamiento, de la razón) se vuelve el asunto primordial. *Sobre la diversidad del lenguaje humano...* se titula la gran obra de Humboldt. Las peculiaridades de las lenguas son debidas a las peculiaridades de los hombres, el lenguaje es un reflejo de la vida comunitaria. Las lenguas en esta concepción no pueden menos de estar plagadas de valores, de apreciaciones, de contenidos afectivos, de intereses colectivos. Sus diferencias se deben a las diferencias de las sociedades que las engendran y las desarrollan. Reflejan el alma del pueblo, se dijo entonces, son como un rostro que revela el alma del pueblo, se diferencian, dice Humboldt, como un rostro de otro rostro, y son tan peculiares y únicas como aquel teniendo el valor de todo lo que es único e irrepetible. Es el *idios* (lo peculiar irrepetible y válido por ello) puesto en primer plano por la mentalidad romántica de la época, lo único, que exige sus derechos y se rebela contra lo universal que había dominado en el racionalismo y la ilustración. Es la misma época de las naciones (el estado-nación ya comenzado a principios del siglo XVI por España, Francia e Inglaterra), necesidad histórica del desarrollo de la burguesía y el capitalismo como ámbito amplio de su mercado, pero concebidas idealmente y al modo romántico de exaltación, como el verdadero sujeto plural de la historia (unidad de destino en lo universal, se diría mucho después) frente a los poderes feudales, dinásticos, eclesiásticos. Cada nación reclama un lugar independiente en el mundo y por tanto un estado y una soberanía absoluta sobre su destino. Las guerras napoleónicas extienden esta manera de ver por todas partes. Y la expresión visible y superior, más allá de cualquier otra bandera es la propia lengua, elemento primordial de la identidad de los pueblos porque es su propia alma cuyos productos son las obras literarias

de ese pueblo, escritas es esa lengua. El nacimiento de la filología moderna, que hoy al parecer llega a su término con la universidad surgida del Tratado de Bolonia de 1999, va naturalmente unida a este despertar de los pueblos. Pues esa filología es la investigación y exaltación de la lengua y la literatura nacionales y la constitución de su historia y su sistema así como la promoción de instituciones vinculadas a este propósito. También en el origen de la filología griega alejandrina y la del humanismo renacentista, que son los otros dos grandes momentos de la filología, observamos este vínculo con lo nacional. Es sintomático que tras el convenio de Bolonia (que con el desarrollo de la UE necesita superar el espacio de la nación por las necesidades de expansión de los mercados) el término filología haya desaparecido de las titulaciones, y el amor a la literatura y la lengua unido al amor del pueblo que es su creador, perdiendo ya todo aroma romántico decimonónico, se haya trocado en interés mercantil y respuesta a la necesidad de construcción de un ámbito económico más amplio, que ya no puede revestirse de los ropajes emotivos de la patria nacional, su personalísima lengua, y su irrepetible literatura. Hasta las facultades de traducción pueden prescindir ya de la literatura y relegar la traducción literaria en favor de las modalidades más utilitarias desde un punto de vista económico-político.

En la filosofía de Hegel, contemporáneo de Humboldt, el concepto de reflexividad se refiere a cómo el sujeto del devenir, el espíritu, tras innumerables avatares en que se enajena y vuelve a sí mismo una y otra vez transformado y cada vez más enriquecido con su propia experiencia con el mundo por medio del trabajo, acaba encontrándose y reconociéndose como hechura de sí mismo: la autocreación y autorreconocimiento del espíritu. La lingüística y la filología humboltianas y de su época (incluyendo allí todo el gran movimiento del comparatismo historicista, y romántico en parte), representan por lo que toca al lenguaje una posición si no idéntica sí paralela. Del lenguaje dice Humboldt que es «el incesante esfuerzo del espíritu por hacer el sonido significativo». Las formas lingüísticas son formas del espíritu, formas que dan forma y orden al mundo y sin las cuales sería imposible todo conocimiento. Es decir, formas con que el hombre se relaciona con el mundo y por medio de las cuales lo concibe, que le impone al mundo, por decirlo así, volviendo sobre sí mismo. EL lenguaje no es pues un simple instrumento de comunicación que etiqueta convencionalmente las cosas, sino la forma espiritual y cognoscitiva de estas. A la finalidad comunicativa del lenguaje se le agrega pues la otra aún de mayor rango y calado: la cognitiva, para decirlo a la manera de las tendencias más recientes. Y junto a esta vislumbre fundamental, los grandes lingüistas visionarios de aquella época dejaron una impresionante herencia científica y cultural, cuyos puntos más destacados son: el idiomatismo destacado por Humboldt (la forma interior, *innere Sprachform*, peculiar de cada lengua, su sistema semántico), el sujeto histórico del lenguaje como

comunidad nacional lingüística creativa, usuaria y creadora de la propia lengua en la que expresa su alma colectiva, el sistematismo de las lenguas, la estructura gramatical ahora penetrada de otro modo y con mayor profundidad, las leyes fundamentales de su desarrollo histórico y las líneas generales del aspecto material de las lenguas, de su fonetismo peculiar, idiomático (*äußere Sprachform*). Por eso si se habla de «giro lingüístico de la modernidad», *linguistic turn*, revolución en la lingüística, revolución en la idea que el hombre se hace de su propio hablar, del lenguaje, parece que hay que reclamar tal título para esta época retrayéndonos en más de cien años con relación a las décadas a que suele aplicarse con muy insuficiente justificación.

Retengamos pues todo esto de cara a nuestra tema del contenido valorativo (clasista, sexista, machista, "desigualitario", no respetuoso de la alteridad) de nuestras lenguas, de su existencia o inexistencia, de la posibilidad de contener valores las propias lenguas más allá de los evidentes que exteriorizan sus usuarios con su expresión individual. Y por último de cara también a la posibilidad de modificar eficaz y conscientemente esos objetos tan complejos y tradicionales, herencia de un pasado acumulado hasta nuestros días y producido colectiva e impremeditadamente por su sujeto histórico. Aquí está pues el centro teórico de toda nuestra problemática, la problemática que plantea nuestra asignatura. Es evidente que no parece posible ninguna acción, ni ningún juicio u opinión serios, sin un cierto grado de conocimiento de este núcleo teórico.

Humboldt y los estudiosos del lenguaje de su época y la posterior (revolución o giro en la lingüística) habían descubierto lo que de forma simplificada podemos llamar la función o finalidad cognitiva de lenguaje que hace que nuestra idea del mundo dependa en alguna medida de nuestra lengua. Así también descubren en el pueblo el creador y modelador de la lengua propia, con lo que el lenguaje se seculariza, es cosa humana hecha y modificada por los propios hombre y no una facultad otorgada por los dioses. Por supuesto tampoco constituye una realidad engendrada por la propia naturaleza. La lengua es entonces un producto histórico y está determinada por la historia, una realidad histórica. Era la época del historicismo, que se extiende desde al menos la generación anterior a Humboldt (Herder, Hamann, Jacobi, aunque podemos retrotraernos a Vico), alcanza su cumbre en Hegel y llega hasta por ejemplo Ortega y Gasset entre nosotros. El principio es entonces que la lengua está determinada por el pueblo y por la historia, es lo que es a causa de lo que son el pueblo y su historia. Así los valores que encierre en sus significaciones son los valores del pueblo en un momento dado de su historia (lo que Hegel llamó el Espíritu del pueblo y el Espíritu del tiempo).

El problema que nos asalta ahora es entonces el problema del pueblo y el de la historia. El historicismo se detiene ahí, no entra en concreto en ninguno de esos dos conceptos, habla de pueblo e historia como entes

borrosos, sin estructura, sin organización, sin concreción, por tanto como irreales. Pueblo e historia son entonces conceptos abstractos. Es Marx quien no aceptará estas abstracciones irreales y quienes emprende una investigación que aclare ambos términos. Sus aclaraciones son importantes para todos los aspectos de la vida del hombre, por tanto también para el lenguaje y las lenguas. Para Marx el pueblo no es algo borroso, idealizado, poetizado (como para el historicismo y el nacionalismo historicista), sino una sociedad concreta. No solo tiene lengua y literatura propia, leyendas y costumbres, tradiciones religiosas y festividades, sino que sobre todo está organizado en una sociedad de un modo muy preciso. Y una sociedad es algo orgánico en que su órgano básico del que todo lo demás proviene y en que se asienta es su modo de producir. Este, diríamos es la parte prosaica de su vida, en la cual hay otros hechos más espirituales y nobles, pero que con todo dependen de aquel. La poesía depende de la prosa. Una sociedad se constituye como un gran cuerpo social productor en el que participan directa o indirectamente todos los individuos. Este cuerpo social productor es el que obtiene los objetos necesarios para la vida, para reproducir la vida y el mundo humano en que el hombre vive (alimento, vestido, casa y enseres de todo tipo, ciudad física, calles, caminos, ciencia, arte). Su cometido es el trabajo y por medio del trabajo es como se realiza el metabolismo superior hombre-naturaleza. Por el metabolismo natural, comparable al de los animales, el hombre extrae elementos de la naturaleza (oxígeno, proteínas, etc.) que transforma en su propio cuerpo, el cual ha de ser reconstruido día a día a causa del desgaste a que está sometido por la entropía. Hasta la edad adulta este metabolismo natural tiene también la función de servir al crecimiento, al desarrollo corporal: ha de haber más ingreso que desgaste. Sistema digestivo y sistema respiratorio son los instrumentos fundamentales de este metabolismo. Por el metabolismo superior, ya no natural, el hombre reconstruye no propiamente su cuerpo biológico, sino su mundo humano: sus vestidos, casas, ciudades. Ese cuerpo es el que Marx denominó «cuerpo inorgánico del hombre». El único ser que utiliza y es capaz de utilizar instrumentos es el hombre ("toolmaking animal", según B. Franklin). Los instrumentos materiales o mentales (las gafas, el vestido, la casa, el mundo humano en general, los conocimientos técnicos, etc.) que utiliza el hombre son prolongaciones de su cuerpo biológico o de sus capacidades naturales. La lengua es también un instrumento que prolonga la capacidad expresiva natural del hombre. Le sirven los instrumentos para vivir (la silla) o para producir estos (el martillo, la maquinaria pasada de las fábricas), y entre todos constituyen el mundo humano que es como un segundo cuerpo ya no natural de que se sirve el individuo (unas gafas) o una colectividad y que de un modo o de otro son creación colectiva. La silla puede ser producida por un solo individuo carpintero, pero la sierra y el martillo, el taller donde trabaja se los debe a otros, de modo que en la producción de la silla hay una intervención directa

del carpintero y otra indirecta de la sociedad. Este segundo cuerpo, el cuerpo inorgánico, debe (como el primero, el biológico) ser reparado, reproducido, pero el cuerpo inorgánico es también producido y creado por la actividad humana (el biológico es creado por la naturaleza). Así como reparamos hasta ahora en dos cuerpos (el natural, biológico, individual, semejante al de otros mamíferos, y el inorgánico, hechura del hombre y social, tenemos que reparar en dos tipos de "metabolismo": a) el natural que es individual y cuyos instrumentos fundamentales son el sistema digestivo y el respiratorio, y b) el superior, que es social, y cuyo instrumento es el trabajo. El animal no trabaja porque no tiene que hacer ni reconstruir cuerpo inorgánico alguno: no posee casas, ni sillas, etc. En condiciones normales es este también un metabolismo de crecimiento: reconstruye lo gastado y crea un plus para el desarrollo. Si el metabolismo natural era de tipo individual, el metabolismo superior, también llamado «trabajo» o en términos más generales «praxis humana», es social. Si el hombre no trabajara perecería como hombre y regresaría a la condición animal. El trabajo es transformación de un objeto (de la naturaleza) para convertirlo en un producto necesario a la vida y al mundo humano. Se lleva a cabo mediante instrumentos creados por el propio hombre.

Estamos diciendo que este segundo metabolismo es social, no lo efectúa cada individuo por su cuenta sino los hombres relacionados en colaboración, uniendo y articulando el trabajo de muchos, o al menos de varios. En el mundo globalizado la colaboración tiende a ser mundial, y por tanto supercompleja. Un hombre sin instrumentos es incapaz de talar un grueso árbol y necesita un hacha, una sierra. Ese mismo hombre aislado es incapaz de arrastrar ese árbol una vez cortado por lo que para tal operación se requieren al menos dos hombres estratégicamente situados con relación al gran madero, es decir, sus cuerpos se articulan en uno con el otro, como si formaran entre los dos un tercer cuerpo, un pequeño cuerpo social, ya no individual, un cuerpo colaborativo. La colaboración entre los hombres es también un poderoso instrumento. Este es, pues, el tercer cuerpo que se añade a los anteriores (el biológico, el inorgánico) y que llamamos «cuerpo social». Esta explicación, aunque pudiera parecer un poco larga para los propósitos de nuestra asignatura, es, sin embargo, indispensable, pues solo a partir de ahí podremos comprender lo que representa el lenguaje en Marx, y en general en la filosofía de la praxis. Y solo tras comprender a fondo qué es el lenguaje podremos saber las posibilidades de aplicación de los estudios de lengua a nuestros propósitos. En la filosofía de la praxis (que comienza a apuntar con Aristóteles, y tiene a Hegel y Marx como grandes puntales), concretamente en la versión Marx, la problemática del lenguaje se centra en los siguientes temas:

1. El origen del lenguaje.
2. La determinación y el carácter social del lenguaje (carácter y determinación socio-históricos).
3. La conflictividad y el poder en el lenguaje: alienación y manipulación del lenguaje.

1. **El origen práxico del lenguaje.** Para la filosofía de la praxis la clave del origen del lenguaje no se encuentre en la naturaleza ni en los dioses, sino en la actividad del hombre mismo, precisamente en la constitución del cuerpo inorgánico y del cuerpo social, y no en el cuerpo biológico, natural. Trasformar la naturaleza para constituir el cuerpo inorgánico no sería hacedero (o solo lo sería en una mínima medida sin posible aumento) sin el lenguaje. Trasformar una piedra en instrumento cortante implica múltiples tentativas, múltiples aproximaciones, todo una experiencia. Sin el lenguaje la experiencia con la piedra se nos escaparía como el agua de entre las manos, no sería más que un conjunto de impresiones sucesivas, fugaces, mezcladas. Aquí la palabra lleva a cabo una labor de apropiación, objetivación, de fijación, de retención, de manipulación de las impresiones convirtiéndolas en ideas, en significados sensorialmente retenidos. Es muy parecido a la invención de recipientes que nos permite retener los líquidos. La palabra es un recipiente a la vez material y mental. Gracias a la palabra aquel primitivo puede distinguir y retener claramente impresiones que transforma en conceptos: duro, blando, cortante, agudo, romo, quebradizo áspero, pesado, grande, pequeño, frotar, golpear, cortar, transportar... La palabra objetiva y distingue las impresiones y las retiene como realidades. Nuestro primitivo cantero, separado ya de su manipulación material se lleva con la palabras cada aspecto de la experiencia (que serían fugaces y confusas impresiones sin el lenguaje), puede seguir pensando y ordenando su pensamiento de modo que estará mejor preparado cuando retome el trabajo al día siguiente. Su mente se va formando, crece su inteligencia a la par que los signos del lenguaje con que ha retenido y objetivado las experiencias. Lenguaje y pensamiento surgen juntos en el trabajo, y de ahí se incrementan. Esta es la relación del lenguaje con la naturaleza objetiva, o, mejor y en términos más generales, con el mundo exterior de cualquier tipo, base y materia prima para la constitución del cuerpo inorgánico del hombre. Lo que la lingüística cognitiva de nuestros días ha denominado el aspecto o finalidad cognitiva del lenguaje (recordamos que esto ya estaba descubierto desde principios del siglo XIX por Humboldt y su generación) que se añade a la más fácil y tópica llamada finalidad o función comunicativa.

Pero las fuentes originarias del lenguaje no se agotan con eso. Precisamente en virtud de los dos cuerpos (el inorgánico y el social) hay dos fuentes y dos finalidades del lenguaje. La otra fuente que da origen al lenguaje es la que tiene que ver con el cuerpo social colaborativo, también

en relación con el trabajo. Esta sí es la función comunicativa, aunque en la filosofía de la praxis hay algo más claro y concreto que un simple y vago comunicar. Se trata de un comunicar para ser hombre, porque sin comunicar con otros hombres no habría verdadero hombre, puesto que no podría sin colaboración de otros transformar la naturaleza y construir un mundo humano gracias al cual el hombre es hombre, y no un simple primate entre otros. La riqueza y complejidad de las relaciones entre los hombres no serían posibles ni podrían crecer y desarrollarse sin un lenguaje también rico y complejo. Según Vigotsky, antes de haber desarrollado ese lenguaje con lenguas sistemáticas de signos, los primitivos poseerían un protolenguaje, fundamentalmente de señas, simbólico, pobre y anárquico. El desarrollo del trabajo y de las relaciones colaborativas hace que se desarrolle todo ello y se dé paso del protolenguaje al lenguaje. Este es pues resultado y presupuesto necesario del trabajo complejo y de las relaciones humanas complejas.

En la relación del hombre con la naturaleza hay una parte activa, el sujeto humano que se plantea unos fines, enfrentada a otra pasiva, la naturaleza sin finalidad por sí misma, el objeto natural. Esta es la razón de que no quepa hablar en este terreno de un conflicto hombre-naturaleza: el hombre se va paulatinamente apropiando de ella, aunque siempre dentro de unos límites, y la va transformado. En cambio, en la relación colaborativa del cuerpo social la relación se da entre partes activas, los individuos que se relacionan son sujetos activos, con finalidades propias. La sociedad es pues en sí misma conflictiva, pero no siempre el conflicto es insalvable, antagónico. Hablar de cuerpo social colaborativo es hablar de distintas funciones, de división del trabajo. En el reparto del trabajo puede haber desigualdades y desequilibrios, sobre todo cuando esta división se hace en favor de unos, que se limitan al trabajo de dirección o al disfrute de los productos, y el de otros, que acaban sometidos a ellos. Según revela la antropología en el interior de las sociedades anteriores a la civilización los conflictos no eran agudos (comunismo primitivo) y el trabajo se dividía sin grandes desigualdades. La primera gran división del trabajo, según Morgan, Engels y otros antropólogos prehistoriadores, dividiría el trabajo en dos partes: a) el exterior de la caza, la pesca, la búsqueda de frutos de la tierra, es decir, el logro de las materias necesarias para la vida, del que se ocuparían los varones, y b) el interior de la vivienda, la cría de los niños, preparación y transformación del alimento, el vestido y la propia vivienda, del que se ocuparían las mujeres. Aunque hoy parezca extraño, este trabajo doméstico era comparativamente más desarrollado, más civilizado, más importante que el otro. La mujer tenía que realizar actividades más cuidadosas, más refinadas, como hilar, tejer, curtir las pieles, etc. que exigían mayor minuciosidad, atención, inteligencia. Mientras que el trabajo del varón reposaba en mayor grado en la fuerza física en bruto, el papel de la mujer o era socialmente superior al del hombre y daba lugar a sociedades

matriarcales, o era equivalente en importancia social por lo que no habría dominio de un sobre el otro sexo. Con el tiempo el trabajo externo se hizo más decisivo que el interno del hogar debido a las guerras, al desarrollo de los oficios, etc. Y al convertirse en socialmente más importante el trabajo masculino, se fue produciendo el dominio del hombre sobre la mujer: surgen las sociedades patriarcales dominantes desde entonces. (Ver Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*). La división de la sociedad en clases, que acaba subsumiendo el conflicto entre sexos, es posterior, entendiéndose por clases grupos diferenciados por sus distintos roles en la producción en lo tocante a la propiedad de los elementos básicos. En la sociedad feudal, por ejemplo, la propiedad del elemento más básico de la producción, la tierra, corresponde al señor, mientras que en la sociedad capitalista el factor más importante son los medios o instrumentos de producción —fábricas, etc.— y la clase proletaria quedando desposeída no tiene más remedio que vender su capacidad de trabajar al capitalista. Las clases constituyen grupos antagónicos, es decir, resulta imposible que cese la lucha entre ellas porque sus intereses son totalmente contrarios. El conflicto entre los individuos se agudiza también de esta forma: señor contra señor, capitalista contra capitalista, obrero contra obrero se disputan el puesto de trabajo. Esta agudización da lugar a lo que ya los antiguos llamaron la lucha de todos contra todos y el hombre se define como lobo frente a otro hombre (*bellum omnium contra omnes, homo homini lupus*). La división de intereses entre ambos sexos, más generalmente entre clases y en última instancia entre individuos hace de la vida una "lucha de clases", una "lucha por la vida". La transformación de la naturaleza, el trabajo, en aras de la creación del mundo humano así como el resto de los factores de la praxis, quedan contaminados por la contraposición de intereses. El pensamiento y el lenguaje no podían escapar a esta realidad. Se hacen pensamiento y lenguaje ideologizados, es decir, no al servicio de la sociedad en general sino al servicio de los intereses de clase.

2. **Determinación social del lenguaje.** El lenguaje (como el pensamiento) se habían originado en la praxis, en el cuerpo inorgánico y en el cuerpo social. El lenguaje humano sirve pues al hombre en general en su desarrollo material y social, lo que quiere decir que varía según los intereses humanos sociales de cada momento histórico de la sociedad, y este es así el que llamamos **principio de la determinación social del lenguaje** (como del pensamiento, la ciencia, la técnica, la cultura en general) o determinación histórico-social. Los intereses del hombre en sociedad, en cada momento histórico de su desarrollo marcan así el ser y la manera de ser del lenguaje. No es la naturaleza, ni el mundo objetivo exterior, ni los dioses, lo que hacen que el lenguaje y cada lengua sea de una u otra manera, sino los intereses humanos a que nos hemos referido. Pero cuando la sociedad se desgarró en clases de intereses contrapuestos el lenguaje sin

dejar de responder a los intereses comunes a todos los hombres sirve también a los intereses particulares especialmente los de las clases más poderosas. El lenguaje y las lenguas no son pues inocentes, imparciales porque, creados y cambiados por los hombres, ahora divididos, en alguna medida sirven a intereses contrapuestos.

El famoso morfema gramatical (tan peculiar de las lenguas indoeuropeas) que divide toda la masa de los nombres en dos o tres grandes grupos de contenido sexual (masculino, femenino, neutro) es uno de los más grandes ejemplos de como se reflejan en las lenguas los intereses humanos. Esta división tiene carácter ontológico, porque constituye, si bien en el plano de la fantasía, la primera gran división en el terreno del ser. Originada según los primeros indoeuropeístas en el carácter animista de la concepción indoeuropea del mundo (todo tiene vida, hasta las piedras, donde la vida está oculta como dormida), hace que también todo tenga sexo. Se trata pues de un sexismo extremo que tendría que estar en consonancia con una extrema división de la sociedad en dos grupos fuertemente diferenciados, la división del trabajo entre hombres y mujeres evidentemente habría de estar presente en esas sociedades. Sexismo no quiere decir siempre dominación de un sexo por el otro, sino polarización fuerte de las papeles sociales del hombre y la mujer. Lo que sí habla ya o puede hablar de predominancia del primero sobre la segunda es la representación lingüística de ambos bajo el signo de lo masculino: los chicos por los chicos y las chicas, que también se da fuera del terreno humano: los gatos por los gatos y las gatas. Parece que se trata también de un fenómeno de economía lingüística, el que los lingüistas estructuralistas han denominado con la contraposición término marcado/término no marcado, donde la oposición entre significados queda neutralizada bajo uno de los términos que abarca al otro cuando se mencionan juntos: un día, por un día y una noche. Día se contrapone a noche, pero se usa también para abarcar día + noche, lo que no ocurre con noche, término marcado por su especificidad. Decimos que hacemos tres comidas al día: desayuno, comida y cena, donde desayuno y cena son los términos marcados. El término marcado es como más determinado, más específico, frente al marcado, más abarcador pero más vago e inespecífico. Lo cual ha creado dudas acerca de si se encuentra aquí un caso expresivo de *ginopia* (invisibilidad de la mujer). En cualquier caso toda esta cuestión del género gramatical es un ejemplo que revela de manera indiscutible la determinación social del lenguaje.

Si para Humboldt y su época era el alma del pueblo concebida de un modo idealizado al estilo romántico lo que determinaba la manera de ser de la lengua, para Marx, más precavido, ajeno a toda idealización, lo determinante no es una vaga y poética comunidad, sino la sociedad concreta, es decir, no una sociedad abstracta y nebulosa, sino las sociedades consideradas en sus precisas estructuras económicas, de clase, políticas. Por eso Marx, al contrario que el idealismo romántico, nacionalista,

desciende desde las nubes a la tierra y entra a fondo en la estructura real de la sociedad que incluye la economía, las clases, la política, el Estado con sus diversos aparatos, el arte, la ideología en general (religión, ciencia, filosofía, educación). Y ahí es donde encuentra los factores históricos y sociales que determinan en parte la forma de las lenguas.

Sin embargo, aunque el marxismo reconoce como rasgo fundamental de las sociedades históricas su división en clases, no considera que este rasgo sea permanente. De hecho aspira a una sociedad sin clases, que cree posible, al tiempo que señala la aparición histórica de las clases, que coincide más o menos con el periodo que suele llamarse la civilización, una de cuyas condiciones es la aparición de la escritura. Antes de ese momento pues no cabría hablar propiamente y con carácter general de clases. En relación con esto cabe decir que no todos los intereses humanos son intereses de clase, puesto que hay grandes regiones del mundo y de la actividad humana de los que sería absurdo afirmar que expresan intereses particulares clasistas. Sería absurdo, por ejemplo, buscar ocultos intereses de clase en la aritmética, la geometría, la química, la técnica agrícola, la astronomía, y asimismo en grandes apartados del lenguaje en general, en cuanto se refiere a las bases fundamentales del lenguaje, como la estructura gramatical. Aunque sí cabe ver expresión de intereses contrapuestos en el morfema genérico, como hemos dicho, sería absurdo buscarlos en los morfemas temporales de los verbos, en el número gramatical, en la mayor parte del gran vocabulario elemental, en el significado de palabras como verde, mesa, para... Por lo tanto la crítica del lenguaje ha de delimitar con gran precisión los campos léxicos y elementos gramaticales contaminados por intereses clasistas, y no entrar en aquellos otros que por estar al servicio del hombre en general (por expresar intereses de todos los hombres, comunes, no intereses particulares de clase) no son susceptibles tampoco de crítica de clase. Lo contrario sería, como suele decirse, «buscar cinco pies al gato», cabalismo, o talmudismo, como señala Stalin cuando discute esta cuestión.

Por eso es preciso para detectar los disvalores a los que se refiera nuestra materia elaborar para cada lengua un preciso catálogo de palabras y expresiones que entran en este campo. Esta tarea ya está realizada en lo sustancial en los folletos llamados «guías de lenguaje no sexista», algunos de los cuales están incorporados a nuestros materiales, y nosotros no tenemos mucho más que añadir al respecto, salvo recomendar insistentemente su estudio y su puesta en práctica en el aula. Por lo demás es obvio que cualquier persona medianamente cultivada y sensible es capaz de captar con toda claridad, y de rechazar críticamente, en las situaciones lingüísticas concretas donde participa o de las que es observador, los usos que resultan detestables de cara a la desigualdad, discriminación de las personas por motivos de género, de caracteres físicos o psíquicos, religiosos, lingüísticos, o culturales en general. Es obvio que cuenta más aquí la

conciencia, la sensibilidad y el compromiso sociales que una específica preparación lingüística. Cualquiera en estas condiciones puede ser educador de los demás.

3. Por lo que respecta al tercer tema (después de haber tratado el origen y la determinación social), la alienación y la manipulación del lenguaje, diremos solo algunas cosas fundamentales. La conflictividad social, agudizada en las sociedades clasistas, da lugar a grupos e intereses de diversa fuerza y poder. El poder social en general viene dado por haber conseguido en beneficio propio el control de una sección mayor o más decisiva del cuerpo inorgánico: esto es el poder económico, que hace físicamente más fuertes a unos que a otros. Pero, aunque en última instancia, siempre decide el poder físico, no constituye la única arma en la liza. Está entonces el poder ideológico. El primero vence a los cuerpos, el segundo a las mentes, sin pensar que actúen de modo independiente y sin entrecruzarse de múltiples maneras. El lenguaje es así también un arma poderosa que entra a su vez en la lucha. Entonces hablamos del poder del lenguaje. ¿Quién ostenta este poder, en qué consiste? Evidentemente aunque se diga "poder del lenguaje", si de lo que hablamos es de las luchas sociales no nos referimos a la fuerza interna del lenguaje mismo, sino al uso que de ella se hace por parte de quienes son capaces de su control, que es también control físico. El control físico del lenguaje consiste en la apropiación de la voz que más alcance posee. Si pensamos interpretando a Bajtin que hay una especie de logosfera, es decir, un espacio general donde se encuentra y adonde va todo lo que se dice en la sociedad, el control de ese espacio ha de resultar decisivo. La logosfera sería algo semejante a la atmósfera, a la biosfera. Si nuestra vida biológica discurre, (en virtud del metabolismo primario), y se alimenta del oxígeno de esa atmósfera, nuestra vida humana se da dentro y se desenvuelve y vive de esa logosfera, que es parte importante del segundo metabolismo, y es al superior, lo mismo que es la atmósfera al inferior; que es también el segundo útero, el útero social, por el que hemos de pasar todos si no queremos vernos privados de la condición humana específica. El control de esta logosfera es en primera instancia físico. Es el poder de ser oído por el mayor número de personas, como si se tratara del control de un altavoz en medio de una muchedumbre. El poder sobre el lenguaje, sobre esta logosfera, y por tanto sobre la capacidad de influir y de educar a los demás con arreglo a intereses particularistas, era entre griegos y romanos por ejemplo la capacidad de ascender al podio en las asambleas, en la sociedad medieval es sobre todo el púlpito de iglesias y catedrales, en la sociedad burguesa son los medios de comunicación de masas que han alcanzado una extensión extraordinaria. Junto a ello, por supuesto, siempre la escuela en todos los niveles. Es desde ahí desde donde se produce la alienación, la cosificación y se ejecuta la manipulación del lenguaje. El lenguaje manipulado, revestido

muchas veces en los medios de comunicación de aires de modernidad y de cultura, desvía las significaciones interesadamente, las petrifica, haciéndolas simples, superficiales y trivialmente emocionales, de modo que la comunicación y la transmisión desciendan al nivel más bajo de la comprensión, y así junto al mensaje falso e interesado promueven un pensar y un hablar cada vez más elementales. Palabras como "instituciones", "democracia", "economía", "ideología" son ejemplos de esta manipulación. En las tertulias radiofónicas o televisivas puede comprobarse cómo al término "ideológico" se le ha hecho significar la opinión basada en dogmas absurdos del contrincante, cuyo pensamiento es ideológico, mientras que no lo es el propio; la "democracia" ya no es el origen y fundamento de la ley sino la expresión de esta de manera que se invierten los términos, y la ley, en lugar de ser el resultado emanado de la democracia, es decir, del pueblo soberano, es su fuente. "Emprendedor", por poner otro ejemplo, es ahora un término destinado a ensalzar a los nuevos héroes en las batallas de los mercados. "Mercados", así en plural, ha alcanzado una dimensión metafísica, como en otros tiempos la tuvieron fe, alma, eucaristía. Deformación interesada del significado de las palabras e ínfimo nivel conceptual se apoyan mutuamente, pues para que "cuele" esa terminología se precisa de un auditorio bloqueado intelectualmente y incapaz de toda crítica fundada. La palabra en lugar de ser iluminadora y despertadora del espíritu se cosifica y endurece como piedra dispuesta a ser lanzada contra la cabeza enemiga. El lenguaje entero se aliena, se hace ajeno a sus funciones comunicativas, dialogales y cognitivas, y esta alienación, como una ola creciente acaba invadiendo también los lugares, que como la universidad, deberían ser sus guardianes, para decirlo a la manera de Heidegger.

Diremos por último que al repasar estos tres grandes temas del marxismo (pero no sólo del marxismo) en los tocante al lenguaje comprobamos la íntima ligazón entre ellos. Así como la determinación social general, histórica, es consecuencia necesaria de su origen práxico (de servir necesariamente al hombre en ese hacerse hombre que es imposible sin la praxis transformadora y colaborativa), la determinación social particularista, clasista (alienación) es consecuencia de una sociedad desgarrada en intereses contrapuestos de grupos o clases.

El sentido de una educación en el lenguaje, en el hablar y el comunicar, en el diálogo aparece ahora claro, pues no puede consistir en otra cosa que en combatir tales disvalores para promover los contrarios, los verdaderos valores. Si las significaciones aparecen simplificadas y empobrecidas tenemos que aspirar a un hablante que cuando hace uso de una palabra no olvida ni deja de sentir que en la idea que hay tras ella (incluso cuando que se trate de una idea elemental como silla, mesa) hay una complejidad, una relación, un movimiento, que todo significado es a la vez rico y problemática, que contiene algo que lo lleva más allá de sí mismo. A un hablante cuyo lenguaje no sea simple ni elementalmente

emocional, tras el cual no haya un mundo pétreo y muerto, ya hecho y acabado de una vez por todas, sino complejo y vivo, y por tanto conflictivo, en proceso de hacerse y de crearse. Claro está que esta educación lingüística no la puede dar ni la escuela, ni la clase, ni el profesor de lengua, ni la mera gramática ni el diccionario de la RAE. Por eso es profundamente erróneo recurrir al diccionario como última ratio, pues éste no da más que definiciones fijas, elementales. Un lenguaje sentido, preciso, rico, complejo no consiste en manejar un vocabulario abundante, no se trata de un hecho de extensión, sino de intensión y profundidad de la palabra.

Todo lo que sea separar el lenguaje de la vida acaba en puro nominalismo o fetichismo lingüístico. Nominalismo es querer sustituir a la cosa por su nombre, a la persona por su nombre propio. Para comprender el verdadero significado de un nombre propio de persona, por ejemplo, hay que conocer, convivir, tratar e implicarse con la persona, y sin eso su nombre es una simplificación alusiva, un esquema de utilidad necesaria pero elemental. Lo mismo sucede con los nombres comunes, es decir, con el resto de las palabras de la lengua. La temática que se estudia en la clase de lengua de la escuela (elemental, media o superior) es sin duda necesario conocerla, pero a sabiendas de que el lenguaje no está confinado en los estrechos límites que allí se trazan. Diríamos que ahí solo se estudia una capa fina y elemental, como la piel de un cuerpo vivo. El lenguaje puede ser concebido de esa forma superficial, pero puede concebirse de otra al pensar que se extiende más allá de esa piel, más al fondo, que se confunde e identifica con el mundo sin que quepa separarlos. Entonces, según esa concepción, educar en el lenguaje es educar en el mundo, y esto ya no es competencia exclusiva de la escuela ni del profesor de lengua. Trayendo el agua a nuestro molino, diremos pues que educar en la igualdad y la integración no puede ser una cuestión de clase de lengua en los confines escolares que se le han trazado a esa materia. Se objetará: bien, pero la clase de lengua tendrá que poner su granito de arena... Esto es cierto, pero encierra una trampa. Es cierto solo cuando se sabe que un granito de arena no es más que un granito de arena y que es preciso ansiar e impulsar no solo muchos otros, sino un movimiento de totalidad y no una simple agregado confuso de insulsas migajas, pues de lo contrario lo pequeño como mequino se constituye en pretexto y obstáculo para ignorar, retrasar, obstaculizar y al fin impedir lo grande. Es lo que vemos en las llamadas políticas de igualdad, que impulsan multitud de acciones minúsculas y aisladas que a la postre no van a ningún sitio y se revelan como maniobras de apariencias, de distracción, de ocultación y dispersión. No queremos con nuestra asignatura colaborar en esa dirección.

NOTA SOBRE LA CONCEPCIÓN DE LA LIBERACIÓN DE LA MUJER EN EL MARXISMO.

En el marxismo la opresión de la mujer es contemplada en el contexto de la lucha de clases. Como vimos, la primera división del trabajo y el primer hecho general y social de opresión arrancan del reparto del trabajo entre hombres y mujeres cuando el trabajo del hombre acaba siendo socialmente más importante. Surgen ahí las sociedades patriarcales, anteriores a las sociedades clasistas. Estas fundan otro tipo de desigualdad que se añade y se entrelaza con la desigualdad hombre-mujer. La mayoría de los teóricos marxistas consideran que la opresión de clase, la luchas de clases a que da lugar, absorben y subsumen al conflicto de género de tal modo que la liberación femenina solo sería posible en una sociedad socialista, sin clases. Sin embargo, muchos movimientos feministas, incluidos muchos de los feminismos marxistas, rechazan tal planteamiento por no resignarse a que la liberación femenina tenga que postergarse y esperar a la liberación general que supondría la eliminación de las clases en el socialismo. Consideran también que la llegada del socialismo (que al suprimir la propiedad privada de los medios de producción suprime las clases en ella fundadas) no es garantía suficiente de la liberación femenina, pues podría pensarse en una sociedad socialista en la cual perviviera la opresión de la mujer. Conflicto de clase y conflicto de género aparecen así entretnejidos y anudados en el debate. Correctamente entendida la primera opinión, la subsunción del conflicto de género bajo la luchas de clases, se fundamenta en la idea de que una vez instauradas las clases, la explotación de una clase mayoritaria por otra minoritaria se convierte en la causa raíz o contradicción fundamental que mueve todas las otras desigualdades, opresiones y conflictos y de la cual todas dependen como de un motor central, de modo que eliminada esta contradicción fundamental el resto de las contradicciones, las contradicciones secundarias, habiendo perdido la raíz que las sustenta se irían diluyendo fácilmente. Al no ser ya materialmente posible la desigualdad económica no podrían subsistir en ningún terreno la supremacía o mayor fuerza material de nadie sobre nadie, a parte de que ya nadie se sentiría en la necesidad de defenderse de nadie, ni oprimir o competir con nadie. El marxismo no promueve una revolución simplemente moral. No se trata de predicar contra el mal moral o perseguir implacablemente al malvado, sino de hacer que las circunstancias materiales de la vida humana sean tales —ya que el hombre es hijo de sus circunstancias— que no engendren ni al uno ni al otro. Esto no quiere decir que haya que suspender todas las luchas de carácter parcial en aras de una lucha general por el socialismo, sino de conectarlas las unas a las otras de modo que todas puedan avanzar hacia sus objetivos pero, sin renunciar a ellos, dándoles un sentido unitario por un objetivo superior, en lugar de dejar a cada una en su aislamiento estéril. Sin ese sentido unitario

que saque a las luchas de su disgregación y aislamiento, de su parcialidad y sus cortas miras en vista de un fin superior, los movimientos por la liberación de la mujer seguirán empantanados en un mar de contradicciones. Así hay que preguntarse si pueden militar en el mismo bando la trabajadora de salario mínimo y la esposa del consejero de administración de una gran empresa o consejera ella misma. Las grandes luchas de esclavos en la primera mitad del siglo I a.C. en Roma, fracasaron porque en la mayoría de los casos los grupos sublevados querían liberarse de la esclavitud, no suprimir la esclavitud, y así los efímeros estados que lograron fundar eran a su vez esclavistas. Por muy comprensible que sea, ningún movimiento revanchista puede llegar muy lejos, sobre todo porque no se propone llegar muy lejos. Si en la sociedad capitalista la mujer trabajadora sufre una doble explotación, la capitalista y la patriarcal, podría al menos liberarse de la segunda, se dice con razón, y las luchas emprendidas en este sentido son justas y necesarias sin ninguna duda y el avance hacia sus objetivos posible. Esto quiere decir que tales luchas deben ser apoyadas sin reservas, pues la liberación de la mujer es una causa tan importante que no puede admitirlas, ni los problemas más graves, como el de la violencia sufrida por las mujeres, admiten aplazamiento. Pero ocurre que el mismo concepto de liberación puede caer en ese pantano de contradicciones que decíamos si no es precisado ni aclarado desde un nivel más alto. No es posible cambiar una parte y una parte tan sustancial de la sociedad sin cambiar el todo social, todo cambio de parte implica el cambio del todo. La liberación del mundo del trabajo sí se plantea en la formulación de Marx la liberación del todo, pues para Marx la liberación del obrero implica la liberación de la sociedad entera, en su conjunto. Así el destino de movimiento feminista, según el marxismo depende de que este movimiento sepa también plantearse el todo, es decir, tener un plan para toda la sociedad. El caso es parecido al de la lucha sindical. Los intereses sindicales, económicos, salariales de los trabajadores, no pueden ser aplazados, las necesidades urgentes no admiten aplazamiento. Sin embargo, la lucha sindical de cortas miras acaba también empantanada en un mar de contradicciones y estancamientos. Y es que la vida enseña que sin fines de mayor alcance, los más urgentes pero de más cortas miras se mueven en un movimiento circular sin salida. No se consigue lo pequeño si no se aspira a lo grande. Las luchas por las necesidades inmediatas, urgentes y dramáticas, deben realmente emprenderse y apoyarse, faltaría menos, pero están a la larga condenadas a perderse en confusiones y vaivenes si no van acompañada de una lucha por un fin más alto, por muy abstracto que a una mirada corta y superficial le pueda parecer este fin. Comprender esto, el lazo indestructible entre la lucha por lo inmediato y la lucha por lo más alto, la necesaria vinculación de ambos extremos es aquí el factor decisivo. Ninguna de las dos puede llegar a nada por separado, pues estas sí serían luchas abstractas, es decir, vacías, separadas de su contexto.

CONCLUSIONES.

Todos cuanto se ha dicho hasta el momento podría encerrarse en dos grandes puntos:

- I. Una educación desde el campo del lenguaje para la igualdad y la integración es posible y necesaria. Pero si no quiere perderse entre los árboles y acabar arruinada en un mar de confusiones tiene, para que sea posible ver el bosque, que superar los estrechos límites de lo escolar y académico y abrirse hacia más allá de las meras palabras, o lo que es lo mismo sustentar una concepción del lenguaje en que este no se distingue ya del mundo.
- II. Para formar educadores que acometan estas tareas desde la especialidad del profesor de lengua, es inexcusable que se eleven éstos a la altura teórica de los tiempos, que puedan pensar el lenguaje en términos científicos y penetrar en su realidad y sus posibilidades en el marco de las grandes ideas sobre el lenguaje oscurecidas muchas veces por las rutinas estériles y los dogmatismos de las escuelas a la moda que triunfan sin crítica en el ámbito académico.